

batalla cerca de la ciudad de Tanagra*. Fueron batidos los Atenenses, y los Lacedemonios continuaron su marcha tranquilamente. Los primeros temieron entonces un rompimiento abierto. En estas ocasiones se avergonzaba la república de sus injusticias, y los que la gobernaban ponian su rivalidad. Todos volvieron su atencion hácia Cimon, que ellos habian desterrado algunos años antes; y Pericles que le habia hecho desterrar, se encargó de proponer el decreto que ordenaba su perdon.

Este hombre grande, honrado con la estimacion de los Esparciatas, y asegurado de la confianza de los Atenenses, empleó todos sus cuidados, en inclinarlos á ideas pacíficas, y les obligó á lo menos á firmar una tregua de cinco años**. Pero como los Atenenses no podian sufrir el reposo, se dió prisa á llevarlos á Quipre; y logró tales ventajas sobre los Persas, que obligó á Artaxerxes á pedir la paz en calidad de rendido***. Las condiciones fueron vergonzosas para el gran rey. El mismo no hubiera dictado otras á una colonia de bandidos, que hubiera infestado las fronteras de su reino. Reconoció la independencia de las ciudades griegas de la Jonia: se es-

* Hacia el año 456 antes de J. C.

** El de 450 antes de J. C.

*** El de 449 antes de J. C.

tipuló que sus barcos de guerra no podrian entrar en los mares de la Grecia, ni sus tropas de tierra acercarse á las costas, mas que á una distancia de tres dias de camino. Los Atenenses por su parte juraron respetar los Estados de Artaxerxes.

Tales fueron las leyes que una ciudad de la Grecia impuso al mayor imperio del mundo. Treinta años antes se miró como un arrebato de desesperacion el proyecto de resistir á esta potencia, y el éxito feliz pareció un prodigio. Cimon no disfrutó mucho tiempo de su gloria, y acabó sus dias en Quipre. Su muerte fué el término de las prosperidades de Atenas; y lo seria tambien de esta parte de su historia, si no tuviese que recoger algunos rasgos, que sirven para caracterizar el siglo en que vivió.

REFLEXIONES SOBRE EL SIGLO DE TEMISTOCLES Y DE ARISTIDES.

Quando los Persas se dejaron ver en la Grecia, dos especies de temor obligaron á los Atenenses á oponerles una resistencia vigorosa: el de la esclavitud, que en una nacion libre ha producido siempre mas virtudes que los principios de la constitucion; y el temor de la opinion pública, que en todas las naciones suple muchas veces la falta que hay de virtudes. La pri-

mera influia tanto mas sobre los Atenienses, cuanto ellos empezaban á gozar de aquella libertad que les habia costado dos siglos de disensiones; y debian la segunda á su educacion y á un largo hábito. Reinaba entonces en las almas aquel pudor que se avergüenza del libertinage, no menos que de la cobardía: que hace que cada ciudadano se ciña á los límites de su estado ó de sus talentos: que la ley sea un freno para el poderoso, la práctica de las obligaciones un recurso para el debil, y la estimacion de sus semejantes una necesidad para todos.

Se huia de los empleos, porque se merecian: no se osaba aspirar á las distinciones, porque la consideracion pública bastaba para pagar los servicios hechos al Estado. Jamas se han hecho mayores cosas que en este siglo, ni jamas se ha estado mas lejos de pensar que la gloria debiese redundar sobre algunos ciudadanos. Se levantaron estatuas en honor de Solon, de Harmodio y de Aristogiton; pero fué despues de su muerte. Aristides y Temistocles salvaron la república, la cual no les decretó ni aun una corona de laurel. Milciades, despues de la batalla de Maraton, solicitó este honor en una asamblea del pueblo: levantóse un hombre, y dijo: «Milciades, cuando rechazais vos solo á los bárbaros, se os decretará á vos solo una corona.» Poco tiempo despues las tropas de los Atenienses, mandadas

por Cimon, lograron grandes ventajas en la Tracia, y á su vuelta pidieron una recompensa. En las inscripciones que se grabaron, se hizo el elogio de las tropas, pero no se citó á ninguno en particular.

Como cada ciudadano podia ser util, y no era humillado á cada instante con preferencias injustas; sabian todos que podian ganar una consideracion personal; y como las costumbres eran sencillas y puras, tenian en general aquella independenciam y dignidad, que no se pierde sino por la multiplicidad de necesidades é intereses.

No citaré para alabanza de este siglo, el homenaje brillante que los Atenienses hicieron á la probidad de Aristides, lo que sucedió en la representacion de una pieza de Esquiles. Habiendo dicho el actor que Anfiarao se preciaba menos de parecer hombre de bien, que de serlo en efecto, todos los ojos se clavaron repentinamente en Aristides. Una nacion corrompida podria hacer esta aplicacion; pero los Atenienses defirieron siempre mas á los pareceres de Aristides que á los de Temistocles; y esto es lo que no se veria en una nacion corrompida.

Despues de sus triunfos sobre los Persas, se juntó en sus corazones el orgullo que da la victoria á las virtudes que la habian procurado; y este orgullo era tanto mas legitimo, cuanto ja-

mas se habia combatido por una causa mas justa ni mas importante.

Cuando una nacion pobre y virtuosa llega repentinamente á cierta elevacion, sucede una de dos cosas: ó que por conservar su constitucion renuncia á toda idea de engrandecimiento, y entonces goza en paz de su propia estimacion, y del respeto de los demas pueblos, que es lo que sucedió á los Lacedemonios: ó quiere acrecentar su poder á toda costa; y en tal caso se hace injusta y opresora, que es lo que experimentaron los Atenienses.

Temístocles los hizo perder en el camino por donde los conducia. Los otros gefes, lejos de moderar su ardor, parece que solo trataron de inflamarle.

En la segunda invasion de los Persas propuso Milciades, que se combatiere en campo raso. Este proyecto era digno del vencedor de Maraton. El de Temístocles fué acaso mas osado. Se atrevió á aconsejar á los Atenienses, que confiasen su destino al acaso de una batalla naval. Habia razones poderosas contra este plan de defensa. Apenas sabian entonces los Atenienses gobernar sus débiles navios, ni estaban ejercitados en combates marítimos, ni se podia prever que Xerxes atacaria á los Griegos en un estrecho. Ultimamente, ¿podia lisonjearse Temístocles, como él aseguraba, que en todo evento él

se abriría paso al traves de la armada enemiga, y trasportaria el pueblo de Atenas á un pais lejano? Sea lo que fuere, el éxito justificó sus miras.

Pero si el establecimiento de la marina fué la salud de Atenas, tambien fué luego el instrumento de su ambicion y de su ruina. Temístocles, que quería hacer á su nacion la mas poderosa de la Grecia, para ser él el primer ciudadano de ella, hizo abrir un nuevo puerto, construir mayor número de galeras, y venir á sus flotas los soldados, los artifices, los labradores, y aquella multitud de extrangeros que habia llamado de todas partes. Despues de haber aconsejado que se perdonase á los pueblos del continente, que se habian unido á Xerxes, atacó sin miramiento las islas que se habian visto forzadas á ceder á los Persas: robó sus tesoros, y de vuelta á su patria compró partidarios, que contenia é irritaba con su fausto. Cimón y los demas generales, enriquecidos por el mismo medio, ostentaron una magnificencia desconocida hasta entonces: á ejemplo de Temístocles, no tenian otro objeto, que el engrandecimiento de la república. Esta era la idea dominante en todos los espíritus.

Envanecido el pueblo de ver á sus generales, poniendo á sus pies los despojos y la obediencia voluntaria ó forzada de las ciudades reunidas á su dominio, se difundia con impetuosidad por

todos los mares, se presentaba en todas las costas, y multiplicaba conquistas, que insensiblemente alteraban el caracter del valor nacional. En efecto, aquellos valientes soldados, que habian arrostrado la muerte en los campos de Maraton y de Platea, empleados servilmente en las operaciones de la maniobra, por lo comun no se ejercitaban mas que en intentar desembarcos con precaucion, en sorprender ciudades sin defensa, y en talar tierras abandonadas: especie de guerra que enseña á calcular sus fuerzas, á no acercarse al enemigo sino temblando, y á huir sin avergonzarse.

Las costumbres recibieron el golpe funesto que dan á un gobierno fundado sobre la virtud el comercio de los extrangeros, la rivalidad del poder ó del crédito, el espíritu de conquista, y la esperanza del lucro. Aquella muchedumbre de ciudadanos oscuros que servian en la marina, y á los cuales debia consideraciones la república, pues le debia su gloria, contrajeron en sus corsos los vicios de los piratas; y haciéndose mas emprendedores cada dia, dominaron en la plaza pública, é hicieron pasar la autoridad á manos del pueblo; lo que sucede casi siempre en un Estado en que está floreciente la marina. Dos ó tres rasgos manifiestan la rapidez con que se debilitaron en la nacion los principios de rectitud y de justicia.

Despues de la batalla de Platea, Temístocles anunció que habia formado un proyecto importante, cuyo éxito no se podia asegurar sino por medio de un impenetrable secreto. El pueblo respondió: « sea Aristides el depositario: en sus manos nos ponemos. Temístocles llamó á este último aparte, y le dijo: la armada de nuestros aliados descansa segura en el puerto de Pagasa: propongo el que se la quemé, y somos dueños de la Grecia. Atenienses, » dijo entonces Aristides, no hay cosa mas util que el proyecto de Temístocles, pero tampoco mas injusta. — Pues no lo queremos, » exclamó la asamblea á una voz.

Algunos años despues propusieron los Samios á los Atenienses violar un artículo del tratado hecho con los aliados. El pueblo pidió el parecer de Aristides. « El de los Samios es injusto, respondió él, pero es util. » El pueblo aprobó el proyecto de los Samios.

En fin, despues de un corto intervalo de tiempo, y bajo el mando de Pericles, los Atenienses en mas de una ocasion tuvieron la insolencia de confesar, que ellos no conocian ya otro derecho de gentes, que la fuerza.